

El 1 de enero de 1959, Cuba instaló el primer régimen absolutamente independiente de los Estados Unidos en América con carácter revolucionario. Para muchos grupos nacionalistas y al mismo tiempo revolucionarios, esto significó que la independencia era posible. Les dio un nuevo impulso y, al mismo tiempo, la idea de un cierto mimetismo, de una repetición de la fórmula: nació el castrismo. En 1960, recién llegado al poder, el Presidente Kennedy decidió cambiar enteramente la política con respecto a Hispanoamérica. Hasta entonces prevalecía la doctrina Eisenhower-Nixon-Dulles de situar hombres fuertes al frente de los países. Kennedy entendió que, por el contrario, las tiranías no podían presentarse como alternativas al comunismo, y que el combate a los movimientos revolucionarios debía hacerse por la instalación de democracias y la mejora urgente de las situaciones sociales. Al mismo tiempo asumió la idea anterior de demostrar que Cuba «no era posible»: en abril de 1961 autorizó la invasión desde Florida, pero ésta fue un fracaso. Cuba era posible, y su modelo seguía interesando a los revolucionarios. En agosto de 1961, Kennedy creó la Alianza para el Progreso: un riego de dólares que era más o menos una repetición del Plan Marshall que se había utilizado en Europa. Al mismo tiempo inició la limpieza de tiranos: Trujillo fue asesinado en mayo de 1961, en 1962 hubo las primeras elecciones libres y el demócrata Juan Bosch fue elegido Presidente de la República Dominicana. La Alianza para el Progreso fue un fracaso (el dinero se perdía en la corrupción, los grupos oligárquicos no cedían el poder), pero el triunfo electoral de Bosch abrió otro estímulo, otros modelos: la posibilidad de cambiar las estructuras dentro de los marcos legales. Esta posición se vería fortalecida más adelante por la adhesión de los partidos comunistas oficiales, como consecuencia de la doctrina de coexistencia, no tanto por aceptación de una «línea general» emanada de Moscú, sino por aceptación de la doctrina en sí: la concurrencia pacífica que se desarrollaba en las relaciones internacionales podía también realizarse en cada nación y en la totalidad iberoamericana.

Las dos «vías» se opusieron entre sí. Como se oponían en los Estados Unidos las dos formas de tratamiento para el problema iberoamericano, entre los partidarios de la rudeza y el control férreo, del «gran bastión» preconizado por el primer Roosevelt, y los que creían en la necesidad de ponerse a la cabeza del cambio de estructuras que parecía inevitable. El asesinato de Kennedy en noviembre de 1963 produjo el cambio en favor de la primera tesis: cuando, en 1965, una reacción del pueblo dominicano quiso reponer a Juan Bosch, derribado por una junta militar, el Presidente Johnson envió paracaidistas y «marines» y lo evi-

tó. Comenzó de nuevo una acción en favor de los regímenes fuertes y de las tiranías.

En enero de 1966 se celebró en La Habana la Tricontinental, conferencia que reunía los representantes de pueblos africanos, asiáticos y americanos. Las dos «vías» se enfrentaron entonces seriamente. Mientras Fidel Castro y otros dirigentes proclamaban la necesidad de la lucha armada para cambiar las estructuras y la creación de guerrillas, otros dirigentes (entre ellos, partidos comunistas oficiales) mantenían que la relación de fuerzas armadas estaba en favor del enemigo y que, por lo tanto, el enfrentamiento debía hacerse por otras vías. Se produjo una ruptura entre las organizaciones izquierdistas de Hispanoamérica, con algunos episodios graves. En 1967, el comandante Ernesto Guevara, «Che» Guevara, tomó la cabeza

Tupamaros abrieron una tregua en sus actos guerrilleros. Pero el Frente Amplio no consiguió la victoria electoral (alegó que las elecciones se habían hecho bajo presión y los resultados se trucaron), y cuando los Tupamaros quisieron volver a la ofensiva, su organización ya funcionaba mal y la represión se abatió sobre ella. Finalmente, una serie de golpes de Estado han cerrado totalmente el Uruguay. Mientras, en Chile, Allende se encontraba con la obstrucción de la burguesía que imposibilitaba el cambio real de estructuras y, finalmente, con su propia muerte y una matanza sin precedentes en la historia de Chile. Allende y sus compañeros legalistas han muerto de las mismas balas que «Che» Guevara y sus compañeros revolucionaristas. Así se han unido, finalmente, las dos «vías».

Entre tanto, la situación contra-

tación norteamericana en el Canal, en cuya zona se mantienen los campos de adiestramiento de los anti-guerrilleros; en Paraguay se mantiene el régimen duro, y sucesivamente endurecido, del general Stroessner (desde 1954); en Santo Domingo, una reciente y oscura operación de desembarco ha servido para lanzar nuevas represiones; en Uruguay, la sucesión de golpes militares ha terminado estos días con la suspensión del parlamentarismo y otras libertades cívicas; en Venezuela, el partido socialcristiano mantiene lucha abierta contra estudiantes y obreros; una Nueva Fuerza intenta la vía legal para el acceso al poder, formada por una alianza del Movimiento electoral del pueblo, la Unión Republicana Democrática y el partido comunista, pero sus posibilidades después de los sucesos de Chile han menguado.

A la hora de los análisis de por qué esta situación ha cambiado tan rápidamente y en un sentido muy claro, se emiten varias hipótesis. Una es la situación global del mundo y la presión de la coexistencia, que tiende al respeto de las zonas de influencia y, por lo tanto, a la regresión de movimientos revolucionarios (en América y en el mundo); otra, consecuente, la nueva moderación de los partidos comunistas, que no secundaron los movimientos guerrilleros y tendieron a frenar y a moderar la acción de Allende; es muy importante factor el endurecimiento y la respuesta de las fuerzas de derecha y de los Estados Unidos a una situación que se les estaba escapando de las manos.

Para el futuro puede tenerse algo como muy concreto: la necesidad del cambio de estructuras sociales y económicas es tal que las acciones no cesarán en un sentido o en otro. Si quizá el triunfo de Allende puso una pausa y un freno a los movimientos armados, con la esperanza de que este camino pudiera llegar donde no había llegado la acción guerrillera, puede considerarse que el movimiento pendular pueda ahora inclinarse de nuevo a favorecer la vía armada, y la última imagen de Allende, con un casco de combate y un arma en la mano hasta que le llegó la muerte en las ruinas incendiadas del palacio presidencial, puede contribuir mucho a ello. La cuestión está en que las revoluciones o las presiones populares no son, como quiere hacer creer la propaganda barata —y no tan barata—, fruto natural del mal, acción de agitadores profesionales, conjeturas externas o cualesquiera que sean las atribuciones que se hagan, sino consecuencia de un estado de necesidad llevado al máximo. Mientras la derecha o la izquierda no resuelvan el estado de necesidad, las «vías» serán siempre, más que posibles, seguras. Hasta ahora, el estado de necesidad del gran conjunto del continente iberoamericano no ha sido resuelto. Allende o «Che» Guevara son, en este largo contexto histórico, accidentes del camino.

EL LARGO DRAMA IBEROAMERICANO Y LOS ACCIDENTES DEL CAMINO

del movimiento guerrillero. Lanzó un manifiesto titulado «La consigna es crear dos, tres, muchos Vietnam», firmado «en algún lugar del mundo». Luego se sabía que estaba en Bolivia al frente de un movimiento guerrillero. Pero «Che» Guevara fue muerto el mismo año de 1967 por los «rangers» que le habían capturado, y las guerrillas bolivianas fueron exterminadas. Otras guerrillas habían brotado, con mayor o menor fuerza, en varios países del continente. Sus éxitos no fueron numerosos. En un examen teórico a partir de la muerte del comandante Guevara se llegó a la conclusión de que el movimiento guerrillero no tenía posibilidades en las zonas rurales y debía trasladarse a las zonas urbanas. Surgieron los comandos, la guerrilla urbana y, efectivamente, tuvieron más posibilidades. Especialmente los Tupamaros del Uruguay, que llegaron a parecer infalibles por sus hazañas a veces novelescas. Llegaron a poner en peligro al gobierno.

En 1970, la llegada de Allende por vía legal al poder pareció dar la razón a quienes creían en la vía pacífica para el cambio, aunque los movimientos revolucionarios atacaron esta experiencia por reformista y pactante. Pero el exterminio de las guerrillas, la muerte de «Che» Guevara, hicieron que muchos se sumasen a esta experiencia. En Uruguay se intentó algo similar: un Frente Amplio comprendía a todas las fuerzas de la izquierda, la cual consiguió que los

revolucionarios ha ganado enteramente el continente. Sólo queda Fidel Castro en Cuba. Y el dudoso régimen de Perú, y la más dudosa aún elaboración de Perón en la Argentina. Por un orden alfabético, vemos cómo en Bolivia domina el régimen del general Hugo Banzer, que derrotó en un golpe de Estado el efímero gobierno izquierdista de Juan José Torres (1971); Brasil mantiene un Estado policíaco en estrecha unión con Estados Unidos; en Colombia se mantiene una guerrilla rural, pero en las ciudades ha sido dominada por el Frente Nacional en el poder (alianza de liberales y conservadores); en Ecuador, un golpe militar (general Guillermo Rodríguez) derribó a Velasco Ibarra en 1972; Guatemala ha conocido la «pacificación» del coronel Arana: millares de muertos; Haití continúa la sangrienta dictadura de Doc Duvalier por su hijo y su círculo; en Honduras, el golpe del general Cruz ha acabado con la presidencia de López Arellano en diciembre pasado; México mantiene un régimen autoritario (matanza de la plaza de las Tres Culturas, junio de 1971) y estrechamente ligado a Estados Unidos, aunque una doctrina tradicional de política extranjera haga que siga manteniendo relaciones con Cuba y que acoja ahora a la viuda de Allende y a los exiliados de Chile y condene el golpe de Estado; Nicaragua está en manos de una junta militar; en Panamá está el régimen del general Omar Torrijos, pero el país está dominado por la implan-